

les permita ir á la costa, á fin de que se embarquen para Europa (1).»

El general D. Mariano Escobedo le contestó con suma atencion, que pondria en conocimiento de su gobierno su deseo.

Terminada la breve conversacion entre el jefe principal republicano y el ilustre prisionero, el primero encargó al general D. Vicente Riva Palacio que condujese á Maximiliano al convento de la Cruz, donde habia tenido su alojamiento durante el sitio. El emperador saludó á Don Mariano Escobedo, montó á caballo, haciendo lo mismo el príncipe de Salm Salm, y en seguida, custodiado por una fuerza de caballería de

1867 cazadores de *Galeana*, que se puso á las
Abril. órdenes del general D. Vicente Riva Palacio, marchó para el lugar donde hasta hacia pocas horas habia sido su cuartel general, y que ahora

(1) Se ha dicho por el apreciable escritor republicano D. Juan de Dios Arias en su *Reseña histórica de la formacion y operaciones del cuerpo de ejército del Norte*, que Maximiliano pidió á Escobedo que «le permitiese que custodiado por una escolta, marchase hasta un punto de la costa donde pudiera embarcarse para Europa, con la protesta que hacia bajo su palabra de honor, de no volver á Méjico.» Pero en esto el señor Arias no estuvo bien informado, pues la súplica fué hecha para los de su casa, y de ninguna manera para él. Mal podía ofrecerse como victima para que sólo se vertiese su sangre sin hacer daño á los generales y jefes de su ejército, y pedir á la vez que se le dejase partir libremente. Las palabras dichas por Maximiliano fueron las que yo dejo referidas. Que el emperador sólo pidió en favor de su ejército y de los servidores de su casa, lo asegura el príncipe D. Felix de Salm Salm, que estuvo presente, en sus *Memorias sobre Querétaro y Maximiliano*. El instruido abogado imperialista D. Ignacio Alvarez, en su obra *Estudios sobre la Historia general de Méjico*, haciendo ver que Maximiliano nada pidió para él, dice, que «puede asegurar, porque á distancia de dos varas presencié aquella entrevista, que no es cierto, como ha escrito D. Juan de Dios Arias, que el emperador solicitara de Escobedo le permitiese irse custodiado de una escolta para embarcarse para Europa.»

veia convertido en prision suya y de sus más leales adictos.

Cuando llegó á la Cruz el emperador desmontó de su caballo y se lo regaló al general republicano D. Vicente Riva Palacio, como una manifestacion de aprecio por las bellas cualidades que le distinguian. Desde que Maximiliano empezó á gobernar en Méjico, vió en el general D. Vicente Riva Palacio, un leal contrario que, si bien combatia sin descanso por el triunfo de las instituciones republicanas, guardaba con los contrarios que hacia prisioneros, las consideraciones que exige la humanidad, y procuraba que los pueblos no sufriesen de sus subordinados exacciones ni injusticias. Cuando el gobierno imperial dió la injusta ley de 3 de Octubre de 1865, hizo, como tengo referido en su lugar correspondiente, que se exceptuase de ella á Don Vicente Riva Palacio, á quien siempre calificó de hombre sincero en sus principios, honrado y humano.

La pieza destinada para prision de Maximiliano era la misma que le habia servido de alojamiento; pero de ella habia desaparecido todo, excepto su catre de campaña, una mesa y una silla. El egregio prisionero quedó solo en su prision, entregado á sus pensamientos. En el correr, frente al cuarto que ocupaba, se colocó una compañía de los Supremos Poderes, con un centinela delante de la puerta, y otra fuerza se puso en una azotea que queda frente de la puerta en la otra extremidad. Los generales D. Tomás Mejía y D. Severo del Castillo fueron colocados en el cuarto del doctor Basch. Al teniente coronel D. Agustin Pradillo, al príncipe de Salm Salm, al secretario D. José Blasio y

al conde Pachta, se les puso en un cuarto al cual se entraba por la misma azotea que arriba dejo referida, de manera que, pasando por ella, podian comunicarse con el emperador.

Eran entonces las diez de la mañana.

1867. Varios jefes y oficiales republicanos entraron en la prision del ilustre prisionero para conocer á Maximiliano de Habsburgo, cuyo valor, abnegacion y dignidad en el sitio de Querétaro habian llamado justamente la atencion de los mismos que le combatian. Entre los dignos jefes republicanos que le visitaron se hallaban D. José Rincon Gallardo y su hermano D. Pedro, ambos coroneles pundonorosos, en quienes concurrían el valor, la fina educacion y los sentimientos generosos. Estaban con el emperador, en aquellos momentos, el príncipe D. Felix de Salm Salm, D. José Blasio y D. Agustin Pradillo. En la conversacion, uno de los oficiales republicanos refirió los pormenores con que habia sido entregado el punto de la Cruz, haciendo saber á Maximiliano que quien habia dado entrada á la fuerza sitiadora, era D. Miguel Lopez (1).

Habiéndose retirado á poco los oficiales republicanos del cuarto del prisionero, Maximiliano, cuya salud se hallaba queorantada desde algunos dias antes, se acostó para ver si lograba descansar un momento.

(1) El príncipe de Salm Salm que, como digo arriba, estuvo presente á esta conversacion, hace mencion de ella en sus *Memorias sobre Querétaro y Maximiliano.* Tambien el teniente coronel imperialista D. Agustin Pradillo habla de esa conversacion, y dice que apela á la caballerosidad de los señores Rincon y Gallardo, con respecto á que se refirieron los pormenores respecto á la manera con que D. Miguel Lopez habia entregado su linea.

Los oficiales hechos prisioneros en los momentos en que fué entregada la fuerte posicion de la Cruz, San Francisco y otros puntos de la ciudad, fueron conducidos á Paté, punto en el campo de los sitiadores, abajo de la Cruz. Empezaba entonces á brillar la primera luz del dia y el emperador se hallaba aún en el Cerro de las Campanas, reuniendo á los que habian logrado no ser sorprendidos. Los oficiales, colocados entre dos largas hileras de soldados republicanos, llegaron á Paté, á donde creían les enviaban para ser fusilados en el acto y en masa. La recepcion afable que el jefe republicano del punto les hizo, disipó en parte, sus temores. Se apellidaba ese jefe Castañeda y mandaba uno de los batallones de la division del general D. Vicente Riva Palacio, de cuyos sentimientos humanitarios he hablado varias veces en diversas partes de esta obra. Aquel batallon habia sido formado por el mismo D. Vicente Riva Palacio, y su oficialidad, compuesta casi toda de jóvenes de buena educacion de la capital, abrigaban sentimientos no ménos generosos.

1867. Puestos los oficiales prisioneros bajo la custodia del expresado jefe Castañeda, la noble conducta de éste y la cortesania de su joven oficialidad, tranquilizó algo sus ánimos. Jefe y subalternos llevaron su bondad hasta el grado de hacer participar de su almuerzo á los oficiales prisioneros que más necesidad tenían. Este es un hecho confesado por el sincero subteniente de artillería D. Alberto Hans, que era uno de los prisioneros. Algunos vendedores, dice el mismo subteniente imperialista Hans, que abusaban de la posicion de ellos para venderles á precios

exorbitantes el alimento más ordinario, y sobre todo el pan, que era una golosina para los que habían estado sitiados, fueron echados vergonzosamente. Uno de esos vendedores, que se había mostrado más codicioso que los demás, fué obligado á servir como soldado: su incorporacion forzada, fué juzgada como un castigo poco severo.

Pocas horas despues, como á las diez de la mañana, se presentó una fuerza de caballería perteneciente á la guerrilla de D. Simon Gutierrez que había hecho la campaña en Jalisco y Zacatecas, para conducir á los prisioneros á otra parte. Estos formaron entre dos filas de los soldados de la expresada guerrilla, como se les había ordenado. El teniente coronel Castañeda, atento siempre con los oficiales prisioneros, se despidió de ellos alcanzando el afecto de todos. «¡Cuánto sentimos,» exclama el subteniente Hans en su obra sobre los hechos de Querétaro, «no quedar bajo la custodia de un hombre tan excelente!»

La fuerza encargada de conducir á los prisioneros, partió con éstos de Paté, y tomó la direccion del cerro de Carretas, contraria á Querétaro. Los soldados de la escolta, obrando de manera opuesta á la que habían observado los del batallon perteneciente á la division del general Don Vicente Riva Palacio, les dirigían palabras muy poco tranquilizadoras con respecto á la suerte que les esperaba. Las alarmantes indicaciones de la gente de la guerrilla y el ver el rumbo por donde les llevaban, les hizo creer á varios de los prisioneros, que les conducían á la Cañada, punto solitario, donde serían pasados por las armas.

El temor se comunicó á casi todos, cuando llegando bajo del acueducto, la escolta hizo alto. Los guerrilleros, que advirtieron el sentimiento de temor que abrigaban sus custodiados, se divirtieron con tenerles en aquel sobresalto, hasta el momento en que se pusieron de nuevo en marcha. Tranquilizados los

1867. espíritus, la fuerza dió vuelta á la derecha

Mayo.

para entrar en la ciudad por el camino de Méjico. Se les había hecho tomar á los prisioneros el largo camino referido, por causa de que la escolta de caballería no podia atravesar la línea de circunvalacion. Pasando á lo largo de las paredes del jardin de la Cruz, vieron el cementerio y la tronera por donde los sitiadores habían sido introducidos por D. Miguel Lopez en la madrugada.

Tranquilos los prisioneros al verse á pocos pasos de la ciudad, se les hizo entrar en ésta por una brecha recientemente practicada en la flecha situada á la izquierda del convento. «La plaza de la Cruz,» dice el varias veces mencionado subteniente D. Alberto Hans, «presentaba un aspecto indescriptible. El campanario, »las azoteas y las ventanas del hospital estaban llenos »de republicanos que nos veían llegar con curiosidad. »Algunos oficiales á caballo, reunían nuestra artillería, »sirviéndose de nuestros conductores. Por otro lado, »nuestros soldados, desarmados y confundidos, estaban »encerrados entre batallones que les guardaban de vista. Se reunían nuestras armas y nuestras municiones. »Aquél espectáculo de nuestra ruina, me parecia un »sueño. Pero luego no pudimos contener nuestra indignacion. En medio de aquel tumulto acabábamos

»de ver á Lopez frente á su antiguo alojamiento. Esta-
 »ba á pié, siempre de grande uniforme, con el codo
 »apoyado sobre la silla de su magnífico caballo, y
 »miraba con aparente impasibilidad aquella escena,
 »obra suya.»

La escolta entregó los oficiales prisioneros al jefe cor-
 respondiente, y enseguida fueron puestos en la nave
 principal de la iglesia contigua al convento de la Cruz,
 donde se encontraban ya presos otros muchos jefes y
 oficiales imperialistas de los que habian estado con el
 emperador en el Cerro de las Campanas.

El general en jefe republicano D. Mariano Escobedo
 dió el mando del punto de la Cruz y de los prisioneros
 allí reunidos, al general D. Francisco Velez, que ha-
 bia desempeñado á toda su satisfaccion y sin despertar
 la alarma, la ocupacion de aquella importante posicion,
 que dió por resultado la toma de los demás puntos de la
 plaza. A cada instante se aumentaba el número de los
 oficiales prisioneros con otros nuevos que eran conduci-
 dos de diversos puntos de la ciudad donde habían sido
 aprehendidos, ya al salir de la poblacion, ya de su alo-
 jamiento donde habían sido sorprendidos.

El coronel Santa Cruz, del 4.º de Lanceros, militar
 pundonoroso, de notable valor y altamente adicto al
 imperio, se propuso morir luchando antes de dejarse
 coger prisionero. Sorprendido en la calle por una fuer-
 za republicana, y ya herido en la garganta, trató de
 abrirse paso arrojándose temerariamente sobre sus con-
 trarios, pero cayó muerto, acribillado de heridas des-
 pues de una breve lucha.

Tambien pereció, pero víctima de una venganza per-

sonal, segun asienta el subteniente de artilleria D. Al-
 berto Hans, el coronel Campos, jefe de la escolta par-
 ticular del emperador. Ese valiente militar «fué sepa-
 rado de los prisioneros á quienes se conducia á la Cruz,»
 dice el referido subteniente Hans, «y aunque herido,
 llevado á un lugar próximo á la plaza, donde se le fu-
 siló.»

Centenares de casas fueron detenidamente cateadas
 para ver si se habian ocultado en ellas algunos jefes y
 oficiales, cuya captura consideraba importante el ejér-
 cito republicano. Ni el general D. Miguel Miramon,
 ni D. Manuel Ramirez Arellano, ni D. Ramon Men-
 dez habian sido aprehendidos.

No transcurrieron, sin embargo, muchas horas, sin
 que los vencedores no tuviesen aviso del sitio en que
 se encontraba el primero. Uno que le habia visto entrar
 á curarse en la casa del médico D. José Licea, le de-
 nunció, diciendo que en ella se hallaba, y á las cuatro
 de la tarde fué una fuerza á aprehenderle. El oficial,
 al ver á Miramon herido y en el lecho, le trató con su-
 ma atencion; le dijo que no se le sacaria de la casa, la
 cual le serviria de prision para que pudiera curarse, y
 le dirigió palabras tranquilizadoras.

Respecto del general D. Ramon Mendez, las pesqui-
 sas hasta entonces habian sido infructuosas. Cuando
 tuvo noticia de que la plaza habia sido ocupada por las
 tropas republicanas, salió de su casa para reunirse al
 emperador en el cerro de las Campanas; pero el camino
 se hallaba interceptado por las fuerzas sitiadoras y le
 fué imposible realizar su deseo. Un amigo generoso le
 ofreció un refugio en su casa, y aceptándolo, se ocultó

en ella, con la esperanza de que no transcurrirían muchos días sin que se le presentase una coyuntura de poder salir de la ciudad.

1867 El general D. Manuel Ramirez Arellano
 Mayo fué sorprendido en su alojamiento; pero su presencia de ánimo y su serenidad le salvaron de caer prisionero. Al oír el ruido hecho por los soldados republicanos que entraban en la casa, salió precipitadamente de su cuarto, y haciéndose pasar por un oficial sin importancia y dando á los soldados el reloj y parte del dinero que llevaba, logró verse libre de ellos. Conseguido esto, marchó por las azoteas, saltando de una en otra; pero al descender á la casa de los señores don Pancracio Soto hermanos, fué detenido por otra corta partida republicana. Sin perder su serenidad por este contratiempo, y obrando con la genial viveza que le distinguía, dijo á los soldados que era un ayudante subalterno del general Arellano, y dando á uno de ellos el dinero que tenía, consiguió verse libre. En el momento que la partida republicana salió de la casa de D. Pancracio Soto, D. Manuel Arellano volvió á subir á la azotea, y pasando de una en otra, regresó á su mismo alojamiento. Apenas habia transcurrido una hora de haber llegado, cuando una fuerza republicana, al mando del mayor de órdenes Medina, entró en la casa para catearla. D. Manuel Ramirez Arellano volvió á huir á tiempo por las azoteas, cayendo prisioneros en el cateo verificado, los oficiales imperialistas de artillería Espinosa y Velazquez, que se habian refugiado en esa casa en los momentos mismos en que D. Manuel Ramirez Arellano habia salido de ella la primera vez.

Alejada la fuerza que habia verificado el cateo llevándose prisioneros á los dos oficiales que habia encontrado, D. Manuel Ramirez Arellano volvió á ella, juzgando que ya no volvería á ser registrado el edificio; pero se equivocó. El mayor general Sierra verificó dos horas despues otro nuevo cateo, y en esa vez tambien logró Arellano huir á tiempo por las azoteas, sin ser visto por los republicanos.

Vuelto por tercera vez á su alojamiento, esperó á que llegase la noche, y á las primeras horas de ésta salió á refugiarse en la casa de una familia pobre que anhelaba salvarle, y que le acogió con cariño.

Así terminó el sitio de Querétaro, despues de setenta y un días de una defensa verdaderamente heroica.

1867. El emperador Maximiliano se mostró en él
 Mayo. á la altura de su ilustre nacimiento. Magnánimo en la victoria, hizo que los prisioneros republicanos fuesen tratados con las mayores consideraciones, sin que en medio de la escasez de víveres que sufría la plaza carecieran de los necesarios para su alimento, iguales en todo á los que tomaban los oficiales de su ejército, y habiendo desde el principio tranquilizado sus ánimos, asegurándoles que ningun daño recibirían en sus personas. Sufrido en las privaciones, y valiente en el peligro, dió en aquellas ejemplo de abnegacion, y en el segundo, de serenidad y denuedo. Grande y noble en la adversidad, pidió la vida de los que habian militado bajo la bandera del imperio, suplicando que su sangre fuese la única que se vertiese ya en Méjico.

La conducta digna observada por Maximiliano en el sitio de Querétaro, ha sido elogiada por sus mismos